



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Soy una hoja seca que el viento de la adversidad ha arrebatado.

Lucas Alamán. (1834). *Defensa*. Pág. 107. (Cita del Libro de Job, XIII. 25.)

Don Lucas Alamán ha sido un escritor poco leído. Hará pronto un siglo de su muerte y aún no se le otorga su lugar. Cuando no se le conoce, ha parecido conveniente deturparlo sin clemencia o rendirle elogios desproporcionados. Los de un partido le llaman "estadista insuperable", "iluminado insuperado" y admiran en su obra histórica "aquel sosiego superior, aquella hidalga armonía de ecuanimidad y de entereza, aquel hermoso distribuir los resplandores y las sombras, según los imperativos de la realidad y no según la tiranía de los bandos". Y, todavía hoy, del lado opuesto llegan los reproches a "sus delitos histó-

ricos" y a su "incapacidad humana". Por algo decía él mismo que donde interviene la pasión política se pasa siempre de un extremo a otro.

¿Será verdad que su complejidad psicológica es inextricable?

Cuando se le ha leído—hasta donde es posible—, con auténtico deseo de imparcialidad, se abunda la impresión de que en el relato de lo que vió, e investigó no quiso entregarnos una visión cabal de México. Pero es innegable que nos dejó en sus escritos—a pesar de sus reservas y disfraces, y hasta por ellos mismos—, su más fiel autorretrato.

Nacido en la opulencia, en el seno de una familia muy considerada, su infancia, como en tantos otros hombres, determinó el "estilo" de su vida.

Diez años esperó su padre la llegada del hijo varón que perpetuase su apellido. Acariciado y tratado con blandura, ¿por qué nos extraña ahora que en la vida se comportara como un niño mimado? ¿Podemos censurarle que haya sido orgulloso hasta la exageración y hábil para los juicios despectivos?

En México, sintió que vivía entre medianías y puso especial empeño en afirmarlo así. "No he presentado colosos—dice en su Historia—, porque no he encontrado más que hombres de estatura ordinaria". Y era tan clara la noción de superioridad, que cuando don Carlos María de Bustamante publicó su Gigantomaquia, se sintió directamente ofendido y se dió prisa a superarlo, oponiendo a los culebrones chismográficos una prolongada elegía cantada en honor de la raza hispánica.

Expresó con frecuencia una alta opinión de sí mismo. "Nada he hecho que desmienta los ejemplos de virtud que me transmitieron mis mayores", escribía en 1834, al tiempo que

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

sentía que era "un hombre en la madurez de la edad, de algún aprecio en la sociedad, que había servido en puestos de alta distinción".

Se dejaba vencer fácilmente por las frases ingeniosas. Desde muy joven gustó del trato con gentes excéntricas no escasas de agudeza. ¡Con qué júbilo recordó siempre la "gracia" y las "exageraciones" del capitán Colorado, el corpulento militar que entusiasmó su infancia con sus relatos de "aventuras de las guerras de los indios!" Y, ¿no sabemos ya que fué la Inquisición la que descubrió entre sus amigos de 1813 a aquel Merino que "no tenía más delito que llevar consigo una jeringa cargada de agua bendita, con la que regaba piadosamente, levantándoles las ropas, a las damas que salían de los templos?" ¿No sería esta afición por lo chocarrero la que lo hizo amigo del licenciado Bustamante y le obligó a dejarse en el tintero el anatema contra adversarios tan afinados en la ironía como el Dr. Mier y Lorenzo de Zavala?

Fué un hombre estudioso y de buen gusto literario. Censuró la propensión a la pedantería de las gentes de su tiempo; pero no consiguió escabullirse por completo de los peligros de la metáfora desmelenada. "Aunque Torcuato Trujillo tuvo que abandonar el campo, perdiendo su artillería y gran parte de su gente—dice—, la batalla del Monte de las Cruces produjo todos los efectos de una victoria. Leonidas en las Termópilas no consiguió tan gran resultado".

Afirmaba su superioridad cuando podía reírse de la ignorancia de las gentes. Cómo lo vemos gozar con los defectos de la literatura pomposa y ofensiva de insurgentes y realistas. Qué elegante se ve ahora su desdeñosa recomendación a uno de sus adversarios del año 34: "No harían daño algunos conocimientos

Fué don Rafael Jimeno el primero que le hizo "ansiar por hacer un viaje a Europa". Y después de sus jornadas de turista poco sensible a impresiones artísticas, acabó volviendo a su país para sentirse en ostracismo. Su desgracia fué estar fuera de sitio en la geografía y en el tiempo.

Cuando en Veracruz bajó de nuevo a suelo mexicano, lo recibió don Guadalupe Victoria. Don Lucas, que admiraba la circunspección y exigía serenidad en los ánimos para que el raciocinio pudiese tener lugar, escribe decepcionado: "Me pareció un gran mentecato". Más tarde, habría de ser su ministro.

Era como un buen adinerado dieciochesco; tuvo las altas virtudes y las limitaciones del modelo original. Pedía respeto perpetuo al derecho de propiedad, porque "es condición esencial para el goce perfecto de un bien, la seguridad de gozarlo siempre". Cuidó de contar con la buena opinión de "la gente de juicio", "las personas respetables", "la gente sensata de México". En los últimos años se consideraba un hombre "con experiencia de los negocios". Recomendó precisión en las leyes, respeto a las autoridades y buena organización doméstica, porque "nada puede hacerse sin orden ni economía".

Sabía que el mexicano es "un pueblo conmovido por fuertes pasiones"; por eso lo sufrió como ambiente hostil. Planta de invernadero, habría hecho un papel de primera importancia en una corte europea.

Era hábil para penetrar en el alma de las gentes; sobrio y reservado, lo vieron con respeto sus mismos adversarios.

Durante la primera parte de su vida política, practicó un notorio equilibristo. "Se ha colocado por el medio dejando los extremos para gente de menos cálculo", escribió de él un

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

comentarista en 1822; y todavía tres años después, Beruete alzaba la voz: "Alamancillo es un tente en el aire, y como tiene viveza, va colando en su ministerio".

A pesar de su crecida ambición de poderío, fué retraído. Estuvo más cerca de la antesala que de la tribuna. Despreció el aplauso popular por inconsistente.

Sabía que en México es necesaria la energía para poder gobernar en tiempos de partidos. Como todos los civiles mexicanos de influjo decisivo en la política, tuvo su instrumento dócil para la acción: Anastasio Bustamante siguió fielmente sus consejos.

Cuando don Lucas defiende la administración "picalugana", hace su propia defensa. Llegó a la cima de su carrera política en el primer gobierno bustamantista. Tuvieron razón don Miguel Santa María y el doctor Mora: fué ésa la "administración Alamán".

"Este jefe—escribió de don Anastasio en uno de sus libros—, como frecuentemente sucede en hombres de gran valor, es indeciso e irresuelto para todo lo que no es atacar al enemigo en el campo de batalla, y necesita para determinarse a aquello mismo que quiere hacer, algún impulso ajeno que lo arroje, como, a pesar suyo, al partido que está inclinado a tomar".

Y si en público expresaba estos elogios que hay que saber leer, en lo íntimo, y quizá por el dolor del que tuvo que actuar en segunda línea, despreció a su brazo ejecutante. ¡Curiosidades psicológicas de Alamán! En su autobiografía inédita escribe: "Bustamante no era capaz de nada".

Más piadosas fueron entre sí las gentes del bando contrario. El doctor Mora, hábil también en la tramoya y el manejo de

los titeres, escribía de "la administración Mora" de 1833: "Se dijo y repitió hasta el fastidio que cuanto se hacía en aquella época era por influjo de Mora. Mal conoce al señor Farías quien da crédito a estos desvarios. Este hombre, uno de los más independientes de la posteridad de Adán, es incapaz de sufrir tal influjo. Uno es que Mora pensase y desease lo mismo que el señor Farías en los puntos capitales, y que, en consecuencia, se encargase de estudiarlos para facilitar su ejecución, y otro es que hiciese ceder o doblegarse esta voluntad de fierro que hasta ahora nadie ha podido someter".

* * *

Y ¿qué hizo Alamán—devoto del "momento crítico"—en su hora cúspide?

Habría deseado llegar al poder público en un régimen que, por sus antecedentes, estuviera en armonía con el ideal de toda su vida política. Las cosas habían de hacerse "con uniformidad, sin violencia, puede decirse sin esfuerzo, en un orden progresivo a mejoras continuas y substanciales".

Intima y públicamente antimilitarista—como lo fueron en su tiempo los mejores hombres de América y de España—, no desdeñó servir de consejero en regímenes originados en motines de cuartel, cuando se necesitaba "el influjo de un hombre superior".

Medroso y pacifista, sufrió en sus intereses los efectos de "la uniforme veleidad de la conducta política" de muchos generales mexicanos. En el México de entonces—país de injusticia armada—, había presenciado atropellos y militaradas, atentados y des-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

pojos; vió, con dolor, cómo crecía el "espíritu de persecución", "más cruel, cuando se ejerce por menor".

Pero, esto no obstante, hizo a un lado sus escrúpulos y se unió a los "jalapistas". Más tarde se le oyó afirmar: "El triunfo hace perder de vista, muchas veces, los medios inicuos que han servido para obtenerlo".

Su principio político fundamental era sencillo: Había que actuar de acuerdo con "las costumbres formadas en trescientos años", "con las opiniones establecidas" y "los intereses creados".

Entendió la tarea del hombre público como conformismo pasivo con las ideas del pueblo. "Los males sociales deben remediarse, no sólo sin chocar con aquellas inclinaciones manifestadas por el transcurso del tiempo, sino por el contrario, lisonjeándolas y favoreciéndolas, pues de otra suerte la reforma no sería ni popular ni subsistente".

Condenó el fanatismo de las clases populares cuando de él sacaron provecho sus adversarios. Y aunque sabía de los peligros a que está expuesto "un pueblo en que, por desgracia, la religión estaba reducida a meras prácticas exteriores", se inclinaba porque las innovaciones se dejaran al tiempo, "¡como si el tiempo por sí solo — escribe D. Miguel Santa María—, introdujera innovaciones!"

Sabía adaptarse con delicada flexibilidad a las circunstancias. Careció del valor y de la sinceridad en la acción que tuvieron los reformistas. Los ritos mexicanos externos, insuflados de pagania y ajenos al cristianismo verdadero, le parecían intocables porque "son muy del gusto e inclinación de este pueblo".

Fué amigo de Inglaterra en las relaciones exteriores. Admiró la gran industria a base de máquinas de vapor y los siste-

mas de economía política que engendró; pero rechazó valiosos hábitos ingleses. Su actitud es contradictoria. Se dolía de la destrucción paulatina que el individualismo iba realizando en la antigua maquinaria estatal española; protestaba justificadamente porque desaparecían muchas instituciones protectoras, y al mismo tiempo era partidario del liberalismo económico: "Todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y de los esfuerzos de los particulares, ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído".

En su anglofilia quedó incluído, en sitio preeminente, el "pasta inglés", que trajo a México; pero no admitió el parlamentarismo. Consideraba una calamidad para las naciones la libertad de pensamiento y de expresión. "La libertad de imprenta en manos de las facciones —escribía hacia 1848—, no sólo no es un medio de ilustrar a las naciones, sino por el contrario, el instrumento más poderoso de engaño y decepción". Parece que recordaba entonces su periódico "El Toro", que publicara con Rafael Dávila, y que de 1826 a 1832 hizo circular en los cuarteles. El sabio D. Manuel Toussaint ha llamado a esta publicación envilecida, la "más soez de toda la literatura mexicana".

Como Ministro de Relaciones, su figura se ennoblece por una honda preocupación iberoamericanista. No fué solamente un patriota; supo unir en su política la noción del porvenir de México a la idea del ocaso de los pueblos hispanoamericanos. Por sus esfuerzos para evitar la hegemonía norteamericana en el continente, mereció que Anthony Butler lo llamara "hombre astuto y sagaz".

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Tomó empeño especial en conservar para nuestro país los territorios mexicanos. Quiso que retuviéramos íntegro el rico patrimonio que nos legara la colonia, y para lograrlo buscó la ayuda inglesa, entonces importante en estas latitudes.

Veía en los "elementos mal combinados que forman la población mexicana", la parte más vulnerable de la nación. Para fortalecerlos consideraba esencial el ingreso de nueva sangre europea, y se propuso seriamente restañar las heridas que con sus persecuciones abrió la pasión yorkina.

Vivió con angustiada inquietud la noción de la debilidad interna de México; sentía aproximarse la hora de las mutilaciones y le alcanzó la resistencia para presenciar el desastre.

¡Qué hondo patetismo envuelve la figura de Lucas Alamán, testigo de nuestra gran derrota! Todavía hoy sentimos el temblor que tuvieron sus manos cuando, desde el mirador de su casa, presenciaba anhelante la batalla de Padierna. Era, frente al invasor, un mexicano "viendo con el anteojo" el cumplimiento y la consumación de sus más graves temores.

En sus libros está presente su impresión. Al mirar en 1847 en el asta del Palacio de los Virreyes, una bandera que no era ni será la nuestra, sintió "vergüenza e infamia" de que en el país se hubiese ya perdido el sentimiento del honor y de la gloria militar.

* * *

En el primer gobierno de Bustamante, utilizó su influjo decisivo para actuar como representante de los "hombres religiosos, de honor, de probidad, de educación y de virtudes".

y fingir criminales cuando se pierden de vista las circunstancias que acompañaban a los sucesos". Nos dice que "los partidos son fecundos en recriminaciones" y que "los compromisos en tiempos de revolución, arrastran a los hombres más allá de su intención".

¡Qué desgracia haber tenido que actuar como parte principal en el gobierno que se manchó con la sangre de Guerrero! "El, que para mejor ajustarse al tipo del buen propietario de aquél y de todos los tiempos, era enemigo de la aplicación de la violencia en la solución de las dificultades sociales! ¡Inútiles habían sido sus precauciones para no ser arrastrado por la realidad tormentosa que le tocó vivir! ¿Qué servicio esperar ahora de su reputación de reserva, respetabilidad, y aquella su prodigiosa actividad desarrollada en la penumbra, que había decidido en último término el triunfo de más de una sublevación? ¿Podría repetir, con esperanzas de buen éxito, su cuidadoso ocultarse a las miradas indiscretas para no aparecer ostensiblemente al lado de los victoriosos, sino cuando ya se podía llevar sin molestias el traje de ceremonia?

* * *

Y cuando vino la sublevación de Santa Anna, la "que todo lo echó a perder", —según la frase inolvidable del Dr. Mora, Alamán vió que llegaba al final de su carrera de político elegante.

Su caída frente al santannismo sublevado, divide su vida en dos secciones. Antes de ella, estaba seguro de lo mucho que le permitiría su astucia. Caído, llegó a considerar la política activa como territorio enemigo. Apartado de la vida pública,

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

juzgó inmerecido su destino y empezó a acumular materiales para explicar su retirada. Sin poder para aniquilar al adversario, inició su venganza a largo plazo.

Volvió a reaccionar entonces como niño mimado, al que todo cambio de situación hace sentir miedo. Se convirtió, ya sin disfraz, en un devoto de la inamovilidad.

Se podría intentar una clasificación de las gentes del mundo hispánico, según el modo como reaccionan ante el mes de septiembre. Creo que Benjamín Jarnés ha dicho que "parece que España eligió este mes para cambiar de postura". Y así como se dijo de España, debe decirse de México, que también se ha hecho el ánimo de moverse en varios septiembrés históricos.

Opinar sobre la significación de septiembre es dar la medida exacta de la capacidad que pueda tenerse para aceptar la idea de cambio en la historia de nuestros países.

La crisis del año 32, separa ya en forma irremediable las dos partes de la personalidad de D. Lucas, que había mantenido unidas gracias a su indiscutible habilidad de "tente en el aire".

En 1830 había dicho en Palacio, en un brindis: "El mes de septiembre es memorable y fausto para la República Mexicana. En este mes, el año de 1810 se proclamó la independencia por los señores Hidalgo, Allende, Aldama y otros varones esclarecidos. En el mismo, en el año de 1821, el señor Iturbide entró triunfante en México a la cabeza del ejército que la afirmó y consolidó".

Y años más tarde, deja escrito en el 4º tomo de su Historia: "Fatídico parece ser (el 16 de septiembre) para la nación mexicana. En su noche, fué preso Iturrigaray en 1808, y tuvieron

principio los sucesos desgraciados que fueron acumulándose en seguida. En igual fecha de 1810, levantó Hidalgo en Dolores el estandarte de la revolución que, propagada rápidamente, fué causa de la desolación del país”.

¿Olvidaremos que Alamán, hablando de “la volubilidad de principios” y “la inconsecuencia de opiniones” de un Obispo de Puebla escribió: “Permitido debe ser, ceder hasta cierto punto a la fuerza de las circunstancias, principalmente en tiempos de frecuentes variaciones políticas, y para hombres que ocupan una alta posición; pero nunca debe serlo ponerse en contradicción consigo mismo, y proclamar lo contrario de lo que ayer se había recomendado”.

* * *

Perseguido por los vencedores y obligado a ocultarse, vió cómo al vencido en política se le vuelven las espaldas. “Nada suscita tantos enemigos como la desgracia”, escribió.

Censuró la movilidad e inconsecuencia de principios en los políticos y en los escritores, y acabó mirando los dolorosos sucesos mexicanos con ojos de enemistad.

La Marquesa Calderón de la Barca lo conoció, hace cien años, en las recepciones de la Legación Española, y comentó, a propósito de su actitud de retirada: “Es por cierto frecuente en la actualidad, en México, que los hombres más distinguidos son los que viven retirados; los que han desempeñado su papel en el drama de la vida pública, convencidos ya de la inutilidad de sus esfuerzos en favor de la patria, se han retirado al seno de sus familias, donde tratan de olvidar los males públicos, de-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

dicándose a los cuidados domésticos y a las ocupaciones literarias”.

La Marquesa tuvo razón. Diez años más tarde, y sin haber leído las cartas de la esposa del ministro español, escribía Alamán: “En la época en que nos hallamos, todas las esperanzas de un porvenir mejor se han desvanecido; . . . tantas revoluciones sin fruto, han apagado no sólo el espíritu de patriotismo, sino aun de facción y partido; . . . no queda en la nación ambición alguna de gloria, ni en los particulares otra que la de hacer dinero”.

La Marquesa nos habla con respeto de D. Lucas, y lo clasifica como hombre de saber, que siempre ha protegido las artes y las ciencias. Nos dice que en la conversación era reservado, preciso y poco brillante: “Cauteloso siempre al manifestar su opinión; pero siempre listo y dispuesto a dar informes sobre cualquier asunto relacionado con su país, con tal que no tenga que ver con la política”.

Así fué el Alamán de los años finales, hombre de cautela vencido por la decepción de lo que vió. Alamán fatalista que dudaba hubiese algo imposible a la malicia humana, y afirmaba también que un infortunio es siempre precursor de otro.

México —dijo una vez—, “es una nación en que todo está por hacer, por haberse destruído todo lo que existía”. “Todo camina como por casualidad”, escribió en 1846 al Duque de Monteleone.

Reprochó a sus contemporáneos su superficialidad. Se dolió de que el honor ya no excitara en su tiempo a los corazones generosos, y de que los mexicanos encargados de la administración de los fondos públicos, hubiesen tratado a la patria a

quien debieron el ser, peor que aquellos virreyes que en el reinado de Carlos IV, dejaron triste reputación de su conducta. "La han considerado algunos como país de conquista, o como un real enemigo tomado por asalto".

* * *

Sus obras históricas representan ante todo una defensa personal finamente elaborada. Quiso que sus libros tuvieran un matiz de altanera imparcialidad, y le pareció conveniente aplicarse la frase de Edmund Burke: "Ningún odio verdadero o vehemente, se ha encendido en mi pecho, sino contra lo que he considerado como tiranía". Expresó también que su objeto preferente había sido "indagar la verdad y presentarla con toda la severidad que las leyes de la Historia exigen. "He dicho con absoluta igualdad el bien y el mal que hizo cada partido".

Es verdad que, como expositor claro y a veces muy brillante, logró capítulos enteros, en los que se mantiene serenamente reflexivo y domina la pasión; pero a pesar de su talento, no logró quitar a sus libros un enérgico acento polémico. El mismo admitía que "el transcurso del tiempo y la variación de las circunstancias permiten imparcialidad"; pero se empeñó en relatar sucesos que tuvo demasiado cercanos.

Deseaba que el historiador no sólo recogiera apuntes acuciosos sobre los sucesos, sino que viera "el conjunto de los acontecimientos con ojos penetrantes e ideas generales". Quiso atenerse a lo comprobado, y utilizó con provecho las fuentes que le proporcionaron la amistad y la familia. Trabajó con profundidad en las bibliotecas y en los archivos; pero como su-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

cede siempre que se llevan ideas preconcebidas, sólo encontró lo que buscaba.

Sus obras muestran con especial insistencia los aspectos sombríos de nuestras luchas interiores. Deseaba "no perder de vista las circunstancias"; pero frente al espectáculo mexicano le faltó comprensión. Lo juzgó humorística o trágicamente, y la Historia no puede reducirse a una larga lamentación interrumpida por algunas carcajadas.

Fué un buen animador de escenas dolorosas. Trabajó en una voluminosa construcción histórico-política, elevada al servicio de una idea que parece llegó a sentir sinceramente. Creyó que la destrucción de la clase social a que pertenecía, indicaba la próxima liquidación del papel histórico de la raza española en América. Podría verse en esto un reflejo de sus buenas cualidades de administrador de los bienes del Duque de Monteleone.

Debemos también a D. José C. Valadés la publicación de una carta de Alamán al Duque, que pone al descubierto algunos de los factores que influyen en su posición crítica: "Me pregunta Vd. en qué consiste el efecto que ha producido en México la publicación de mi Historia de México y Disertaciones. Este ha sido variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la conquista, dominación española y modo en que se hizo la independencia. Creíase que la conquista había sido un verdadero robo y por consiguiente se tenían los bienes de Vd. como parte de este robo, con derecho la nación a recobrarla; ... todo esto ha cambiado enteramente, no se necesita más que ver alguno de los discursos de este año, en que se representa la conquista como el me-

mil hombres, que fué oído por los ministros con el desprecio que es de suponer en cualquier hombre regular; cansado de solicitudes inútiles, interesó en favor de su plan al cocinero del Rey, quien por el gusto que le daba con sus guisos, tenía mucho influjo en él, y por este medio consiguió, a pesar de todos los ministros, que se diesen las órdenes necesarias para la empresa”.

* * *

Tuvo más afición a la política que a la historia; sus obras son en buena parte derivados secundarios de su carrera de estadista. La posición que adopta ante personajes y sucesos, está regida por los reveses que sufriera en los negocios públicos. Entendió su función de historiador como la de un creador o estimulador de la cautela: “Si mi trabajo diese por resultado hacer que la generación venidera sea más cauta que la presente, podré lisonjearme de haber producido el mayor bien que puede resultar del estudio de la Historia”.

A sus adversarios literarios les reconoció capacidad, y hasta virtudes personales; pero fué implacable con los que se le habían enfrentado en política, como enemigos directos o de los intereses de su clase. “En político” era hipersensible; por eso no advirtió el grave error que cometía al dejarse influir en sus juicios históricos por un exceso de impresiones personales.

En México, nadie ha aderezado su mensaje con más abundantes materiales. A él se debe, aparte las Disertaciones, la primera historia del movimiento de independencia escrita en gran estilo. No fué un virtuoso de la expresión, quizá por no haberse querido dar tiempo para ello; ocupa, sin embargo, un lu-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

gar de excepción entre los que cultivaron el género porque, enemigo de "la inclinación a lo prodigioso", define y generaliza excluyendo todo aquello que podía tenerse por increíble y evadiendo con cuidado el panegírico desafortado.

Hasta su impugnador D. José María Liceaga, se vió obligado a escribir: "su obra es la más laboriosa y completa entre todas las de su clase, y la más acreedora, por lo mismo, al aprecio y estimación general". Después acertó a limitar con justicia su elogio: "Con los trabajos de D. Lucas Alamán se han desmentido las fábulas y cuentos ridículos de que están plagadas las demás relaciones, —pero— todavía queda otra gran porción del mal que se intentó remediar".

Alamán fincó toda posibilidad seria de unidad nacional en el respeto a las tradiciones y los recuerdos, pero no escribió sus libros con el objeto de mostrar sinceramente la verdad. Tuvo fino sentido crítico; supo oportunamente que los grandes trabajos de investigación histórica deben someterse a un plan; mas a pesar de que admiraba la "buena fé de historiador", incurrió en el error de actuar como historiógrafo de partido.

Su alegato tiene mucho de rencor que se satisface a largo plazo. Empezó a escribirlo en una actitud carente de nobleza, porque deseaba se diera a conocer después de su muerte. En el sepulcro, quitaba al adversario hasta la posibilidad de diálogo y de rectificación.

Pero muerto en 1848 D. Carlos María de Bustamante, debió sentir que se quedaba sin opositores y resolvió entregar sus originales a la imprenta.

Alamán realizó una venganza al estilo de los árabes. Se ocultó amargado en su tienda desde 1832 y esperó con paciencia

llevarla a cabo, y el que sube a un trono, no debe bajar de él sino envuelto en sus ruinas”.

* * *

¿Podríamos aceptar que fué el teórico del último ensayo de monarquía en México?

Rodeado de signos adversos, murió sin alcanzar la consumación del vaticinio.

Las vicisitudes de la vertiginosa política mexicana de aquel tiempo, lo llevaron en 1853 al gabinete del hombre que en 1832 destruyó su porvenir político. Huyendo de Santa Anna se retiró de los negocios públicos en plena madurez. Su derrota determinó que iniciara la preparación de su larga excusa para no participar. Frente al Santa Anna liberalón de 32, se vió obligado a adoptar la ruta curvilínea. Santa Anna ocupa también la sección final de su trayectoria en arco. Fué su ministro cuando ya D. Antonio se dejaba llamar “Alteza Serenísima”. Alamán había apuntado muchos años antes, recordando a Espartero, que “el tratamiento de Alteza suele ser señal de ruina a quienes se les da, sin haber nacido sobre las gradas del trono”.

Sabía la significación que en su vida y en nuestras contiendas interiores tuvieron las zonas meridionales mexicanas. D. Lucas es el hombre que mira hacia el Mexcala: de ahí habían salido para iniciar sus campañas victoriosas Morelos, Guerrero y Juan Alvarez; las más hondas conmociones sociales del país ahí tuvieron su principio.

Cuando la vida de D. Lucas estaba para concluir, nuevamente se encendió la revolución en ese rumbo. Decepcionado,

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

murio con la impresión de que una vez más se levantaban en su contra "aquellas nubes tempestuosas, que naciendo en la parte del Sur, cubren en breve una inmensa extensión del país, anunciando su proximidad con el aparato de una terrible tempestad".

En la tarea de descifrar a uno de los hombres más enmarañados que han vivido por estas latitudes, hemos seguido el consejo que él mismo diera hablando de Morelos: "su historia no puede escribirse con más exactitud que tomándola de él mismo".

Tuvo y tiene aún la peligrosa virtud de despertar grandes odios y fervorosas admiraciones. Para entenderlo mejor, será siempre necesario aproximársele con simpatía, acercarse a escucharlo y recoger sobre todo lo que nos insinúa en voz muy baja. Nunca se deje llegar la condenación hasta el insulto. Muerto o vivo, cada hombre es un espectáculo digno de respeto.

No acertó a superar lo que tenía; pero logró salvarse porque sus virtudes de patriota exceden con mucho sus defectos. Sufrió hondamente por causas ajenas a su voluntad, y se acostumbó a mirar la vida con ojos de fatalista. No entendió a México; pero supo amarlo. Desorientado, extrajo del Libro de Job, en una hora de angustia, su definición cabal: "Soy como una hoja seca que arrastra el viento de la adversidad".

Era, como tantos, un hombre ansioso de piedad.

ARTURO ARNÁIZ Y FREG.